

EL MAYOR ERROR DE ESPAÑA EN LA GUERRA DE INDEPENDENCIA

Autor: Pablo E. Victoria Wilches (Historiador, economista, Ex Senador y Congresista de la República de Colombia)

Cuando Francisco de Miranda salió para La Guaira acompañado de Soublette y dos criados, su equipaje fue sacado del *Watson* y pasado a la corbeta *Saphire*; el 30 de julio de 1812 llegó al puerto de La Guaira y se quedó a pernoctar en la residencia del gobernador Manuel María de las Casas. Esa noche hubo una cena a la que asistieron el propio Casas, Peña, Miranda y varios otros personajes. El único que sospechó de que algo se tramaba fue el capitán del *Saphire*, un tal Haynes, quien instó a Miranda a embarcarse esa misma noche y no dormir en tierra. No hizo caso de la advertencia; esa madrugada del 1 de agosto, hacia las tres, Bolívar y otros tres conjurados irrumpieron en su habitación y lo pusieron preso. Casas estaba también comprometido en la conjura pues, luego que fue detenido, se hizo presente y entre todos lo obligaron a ir al castillo San Carlos donde lo encerraron con sus amigos. Peña salió para Caracas a avisar del suceso a Monteverde, quien escribió al gobierno español sobre los buenos servicios prestados a la causa de Su Majestad por los señores Manuel María de las Casas, Miguel Peña y Simón Bolívar.

No debe caber duda alguna de que todo había sido tramado por el íntimo amigo de Francisco de Miranda, Bolívar, quien estaba detrás de todos los desvíos, todas las conspiraciones y todas las traiciones, resentido por una capitulación que él mismo había precipitado por la pérdida de la plaza a su cargo: Puerto Cabello. Monteverde fue también engañado, pues se creyó el cuento de que estos conjurados obraban al servicio del Rey cuando, en realidad, obraban en servicio propio. La prueba es que Monteverde escribió el 26 de agosto al Gobierno español que «*Yo no puedo olvidar los interesantes servicios de Casas, ni el de Bolívar y Peña, y en su virtud no se han tocado sus personas...*». Este fue, quizás, el mayor desacierto que las autoridades españolas hayan podido cometer: dejar escapar a Bolívar, porque la historia de América sería otra de estar Monteverde más avisado de la clase de personaje que ponía en libertad.

La mayor prueba de que Monteverde fue engañado es que Bolívar continuó guerreando contra España después de haber obtenido un pasaporte para el extranjero como recompensa de su traición contra el general Miranda y en violación de su palabra empeñada al General de que no volvería a intervenir en asuntos públicos. Pero este hombre se habituó a quebrantar su palabra mil veces más. Engañado Monteverde, en adelante habrá de mostrarse implacable contra los insurgentes, aunque lo exime el hecho de que, pese a haber hecho muchos prisioneros, jamás ordenó asesinar a ninguno.

Algo parecido ocurrió con el general Morillo, cuyo ánimo, igualmente envenenado por la traición de Arismendi, no estaba dispuesto a conceder clemencia

a los insurrectos de Santa Fe, aunque no hubiesen cometido desmanes contra los españoles como los cometieron los venezolanos. Sobre este episodio, don Joaquín deja anotado que, una vez consumada la traición y obtenido el pasaporte que, por mediación personal de don Francisco Iturbe —Tesorero de Diezmos y funcionario español— obtuvo Bolívar de Monteverde, el independentista partió para Curazao donde mudó su ánimo revolucionario: quiso congraciarse aún más con las autoridades españolas al querer enlistarse en las filas del ejército de Wellington para combatir contra Napoleón. Esto lo contó Bolívar a ciertos amigos quienes, a su vez, lo revelaron a Heredia. Por esta mudanza debo anotar que Bolívar también traicionaba a sus amigos revolucionarios. Es decir, todos fueron engañados por este hombre, de una manera u otra.

La traición cometida por Bolívar causó tal conmoción que cuando intentó marcharse a Curazao el capitán del barco inglés en que se disponía a hacerlo no le permitió subir a bordo y lo increpó por su conducta. Este hombre era un buscador de libertades, un buscón de tiranías: quería libertar lo que fuera, pero libertarlo también de lo que fuera. Lo referido ocurrió a principios de agosto de 1812, y a principios de septiembre, Bolívar volvía a excusarse ante Iturbe de su pasado revolucionario para que éste siguiera despejando dudas acerca de su lealtad con el Gobierno español y no le confiscaran sus bienes.

En efecto, Bolívar escribe: *«Si por allá llegaren algunos chismes contra mi conducta política o contra mis procedimientos, puede Vd. combatirlos con la seguridad de que son falsos... esta advertencia la hago... porque tengo entendido que aquí hay muchos malquerientes de los hijos de Caracas que desean obtener favor del gobierno con delaciones»*. El 19 de septiembre aclara su preocupación más importante: sus bienes: *«Lo que suplico a Vd. con mayor instancia, es la pretensión de que se mande desembargar los bienes de mi hermano que, por su muerte, debo yo heredar, no olvidándose de que estoy pronto a hacer todos los sacrificios posibles, por lograr ponerme en posesión de dichos bienes»*.

Bolívar llama ‘su herencia’ a lo que debía estar destinado al cuidado de sus sobrinos, hijos de Juan Vicente, su hermano. Sabido es que Juan Vicente tenía una relación de concubinato con Josefa María Tinoco Castillo, de la que nacieron tres hijos: Juan Evangelista Bolívar Tinoco, Fernando Simón Bolívar Tinoco y Felicia Bolívar Tinoco, todos reconocidos. Debido a su fallecimiento, los bienes pasaron a Simón, pero con el objeto de que las rentas que de ellos se derivaran fueran para el cuidado de sus hijos y concubina. Así lo quería su hermano. Nunca les dio nada y esta gente permaneció en la más absoluta miseria.

Es posible que tales bienes hubiesen podido ser embargados al tenor de la cláusula que obligaba a Bolívar a no poder ser beneficiario de otros haberes distintos de los que le había dejado el doctor y sacerdote Juan Félix Jerez Aristiguieta y Bolívar. O tal vez porque había violado la cláusula que le obligaba a ser

siempre fiel al Rey de España. No obstante, las condiciones *sine qua non* para recibir la herencia del padre Juan Félix se cifraban en las invariables lealtades a Dios y al Rey de España, so pena de excluir del «goce y posesión de este vínculo a todo aquel que por su desgracia cayere en el feo y enorme delito de lesa Majestad divina o humana...» y que «estando en posesión de este vínculo, incurriere en dichos crímenes, es mi voluntad separarle como le separo de su goce y posesión, veinticuatro horas antes de incurrir en delito». Es decir, por un lado o por el otro, las autoridades pudieron ver calva la oportunidad de embargarle una de las dos herencias.

Bolívar no podía ser más claro: estaba dispuesto a sacrificar sus ideales revolucionarios si se le brindaba la oportunidad de rescatar unos bienes cuya herencia era perfectamente ilegal, a no ser que procediera a renunciar a los que le había dejado su pariente, el cura. El dinero, pues, siempre se ha interpuesto entre el hombre y los ideales que dice profesar. Perdido aquél, sólo quedan los ideales e, infortunadamente, corrió el chisme de que no iba a poder recuperar sus bienes y fue, entonces, cuando comprendió que nada tenía que perder en su lucha revolucionaria y sí mucho qué ganar.

Bolívar luego justificó su traición a Miranda aduciendo que lo había hecho porque su amigo se había convertido en un traidor a la causa revolucionaria por haber capitulado ante Monteverde. Jamás contempló que él mismo iba a salir huyendo varias veces, justamente como lo había hecho su amigo, y sin ninguna capitulación honorable. Tampoco reparó en que Miranda le perdonó su irresponsabilidad en Puerto Cabello, cuando pudo haberlo sometido a un consejo de guerra, tanto por descuidar el Castillo, como por desertar de la plaza a su cargo. Mientras tanto, Bolívar pudo embarcar clandestinamente la plata que había robado de las iglesias de Puerto Cabello en el *Saphire*, pero al no poder embarcarse en el navío inglés lo hizo en una goleta española, la *Jesús, María y José*, en compañía de su tío político José Félix Ribas, Manuel Díaz Casado, Vicente Tejera y otros. Y buena vida braguetera comenzó a darse en Curazao mientras Miranda daba con sus huesos en la cárcel de la Carraca en Cádiz desde donde escribía, arrepentido, sobre sus intentos independentistas.

De todas maneras, el prisionero llegó a comprender que una federación hispánica podría ser más provechosa que una independencia absoluta y radical. Pero era demasiado tarde tanto para él como para la América. Cuatro años estuvo Miranda prisionero hasta cuando el 14 de julio de 1816, en plena reconquista española de las provincias rebeldes, entregaba su atormentada alma a Dios.